

«Siempre me he considerado un socialista».

Max Lesnik habla sobre la Revolución cubana

Rafael Hernández

Político. Revista Temas.

Max Lesnik se ha opuesto activamente a la dictadura de Fulgencio Batista, al gobierno revolucionario de Fidel Castro, a los grupos anticastristas de Miami y a las políticas de los gobiernos de los Estados Unidos contra la Revolución. Sin abandonar su militancia en el Partido Ortodoxo, de cuya Juventud fue presidente, se alzó en las filas del heteróclito Segundo Frente Nacional del Escambray, en 1958. Antagonizó con los comunistas del Partido Socialista Popular, conspiró contra la Revolución desde las filas del Movimiento Revolucionario del Pueblo (MRP) y se fue de Cuba semanas antes de Playa Girón; pero declara ser, desde muy joven, un socialista convencido —y seguir siéndolo hoy. Polemista feroz en la radio cubana, tanto en la Isla como en Miami, contribuyó activamente al diálogo del gobierno cubano con los emigrados desde 1978, así como con la Iglesia católica y el Vaticano en los 90.

Conversando en un café de Little Havana o en la sala de su casa en Coral Gables, me ha impresionado —desde que lo conocí, hace una quincena de años— la estructuración de su discurso, revelador de un largo oficio de periodista. Como decía Raúl Roa, tiene una memoria de papel de moscas. Se detiene en los más arduos temas con un tono casi didáctico, sin rebuscamientos teóricos, aunque con una armazón conceptual y un orden lógico que no

abandona, incluso cuando entra en digresiones, con ese nítido acento cubano de la clase media criolla, ni «habanero» ni «santiaguero».

Le pedí su colaboración para este número de la revista anunciándole que le preguntaría sobre muchas cosas, incluso algunas abordadas por él en otras entrevistas. Me respondió sonriendo que esta sería diferente, porque «era para Temas». La iniciamos en la oficina del quinto piso del ICAIC y la terminamos en la sala de mi casa, aprovechando dos de sus numerosas visitas de viajero frecuente a La Habana.

Como muchos que pelearon a favor y en contra de la Revolución, cuando esta triunfó, Max tenía 28 años; hoy tiene 78. La intensidad de sus ideas y la precisión de sus argumentos, muchos de ellos altamente polémicos, se mantienen intactos.

Rafael Hernández: *Max, tú militaste y llegaste a ser secretario general de la Juventud Ortodoxa (JO). ¿En qué medida esta organización se mantenía dentro de los límites del lema tan conocido de Eduardo Chibás, «Vergüenza contra dinero»? ¿Hasta qué punto, en términos ideológicos, el pensamiento, las ideas políticas predominantes en la JO se orientaban, más allá de combatir la corrupción del aparato administrativo y político, hacia una formulación ideológica radical?*

Max Lesnik: Primero quiero dejar bien claro que todo lo que voy a decir en esta entrevista para la revista *Temas* no tiene otra intención que la de hacer un recuento histórico sobre mi participación en los hechos. Si alguien tiene criterios distintos a los míos, quizás sea yo el que esté equivocado y no él, por lo que aquí van mis disculpas anticipadas si alguien se siente herido por algunos de mis conceptos o palabras expresadas a lo largo de esta entrevista. No es mi deseo ni mucho menos mi intención mirar hacia atrás para abrir viejas heridas. No sería constructivo de mi parte, a estas alturas de mi vida, venir a sembrar discordias que den motivo a disensiones entre cubanos revolucionarios. También vale la pena aclarar a los jóvenes que no me conocen, que nunca he traicionado a mi país, que nunca he estado al servicio de un gobierno extranjero y que me considero un revolucionario vertical, a mi estilo y mi manera. Siempre me he considerado un socialista y mis discrepancias con los otros revolucionarios han sido más por razones de puntos de vista distintos y no por ambiciones bastardas. Y ahora mi respuesta a la primera pregunta de *Temas*:

JO era la sección juvenil del Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxo), fundado por el senador Eduardo Chibás en 1947, como un desprendimiento del Partido Revolucionario Cubano Auténtico, que presidía Ramón Grau San Martín y había llegado al poder en 1944. De ahí su nombre: la Ortodoxia significaba línea recta de la Revolución cubana. Como el Partido Auténtico, tenía una estructura tomada de la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA) peruana, fundada por Victor Raúl Haya de la Torre, basada en organismos funcionales, que eran las secciones juvenil, femenina, campesina, obrera y profesional.

El más funcional de esos organismos o secciones era la Juventud, porque provenía de un gran movimiento juvenil desarrollado en el seno del Partido Auténtico, que durante la etapa de 1940-44 realizó una intensa actividad política muy por encima de los otros organismos funcionales, y que había tenido en el autenticismo un gran dirigente, Luis Orlando Rodríguez. Los primeros cuadros de la JO fueron los líderes de la Juventud Auténtica (JA) de todo el país, en su gran mayoría seguidores de esta corriente, y aunque Luis Orlando Rodríguez ya no era el jefe de la Juventud, seguía siendo el arquitecto, el paradigma de su posición. Cuando se produce el desprendimiento, en 1947, yo tenía apenas diecisiete años de edad y acababa de ingresar en la Universidad. Toda mi familia siempre fue muy de izquierda, el ala izquierda del autenticismo, procedente del guiterismo. Cuando murió Antonio Guiteras, se produjo la división en dos segmentos entre los revolucionarios antimachadistas: los que estaban en el Partido Comunista y los que se integran al Partido

Auténtico —entre estos últimos, los guiteristas son los que encabezan la corriente más profundamente radical y revolucionaria.

Cuando el Partido Auténtico se funda, en 1938, Sandalio Junco y todos los grupos procedentes del comunismo trotskista, ingresan en él; esa corriente siempre mantuvo una línea de izquierda dentro del autenticismo. Esto significa que hay una sucesión ideológica proveniente del guiterismo, más sólida en la JA, y que pasa a la JO.

En aquella época, el Partido Socialista Popular (PSP) arrastraba dos anclas: una era el llamado «error de agosto» de 1933, cuando la crisis de la dictadura de Machado; y la otra, su pacto con Batista y su incorporación a aquel intento que se llamó Coalición Socialista Democrática, después de la muerte de Guiteras. En aquel momento, salieron del PSP una serie de personas con convicciones ideológicas comunistas, como Leonardo Fernández Sánchez y José Chelala Aguilera, que ingresan primero en el autenticismo y después en la Ortodoxia con Chibás. Esa era nuestra corriente dentro de la Juventud

Lo que me mueve a incorporarme como cuadro juvenil de la Ortodoxia nace de mi condición de líder estudiantil en la Universidad, donde estudiaba Derecho, ambiente que entonces era muy tendiente a la izquierda, y sobre todo muy vinculado a la Ortodoxia por simpatía, no por militancia partidista. Le propongo reorganizar a la Juventud en todo el país, recorriendo la Isla y haciendo contacto con todos los presidentes de institutos y estudiantes universitarios, para crear cuadros juveniles con un pensamiento ideológico más claro.

En la conformación de esta corriente se destacaron dos personas que murieron en Cuba: el abogado Eduardo Corona Zayas y el periodista Carlos Manuel Rubiera. Aunque no eran dirigentes políticos, sino intelectuales, nos hicimos amigos en el proyecto de reorganizar la JO, y de crear un aparato con cierto sentido ideológico. De ahí surge una comisión organizadora de la Juventud, que acuerda un documento titulado *El pensamiento ideológico y político de la juventud cubana*. Su redactor fue Rubiera y lo firmamos doce personas. Informaba que esta juventud pretendía alcanzar en Cuba un sistema socialista.

Más que un partido, la Ortodoxia era un movimiento cívico en el que Chibás nunca rechazó ninguna incorporación que aportara algo, una especie de amalgama no muy bien fundida, pero sí lo suficientemente integrada para servir como un gran instrumento que permitiera captar distintos sectores y segmentos de la sociedad cubana. El problema que muchos no entienden es que Chibás, si bien admitía esta heterogeneidad, estaba de acuerdo con la tendencia

socialista de este movimiento juvenil y pensaba que, a largo plazo, se impondría en Cuba el socialismo, a pesar de que aquel no era el momento ni aquellos los hombres capaces de establecerlo.

Esa JO empieza a transformarse a través de la incorporación, como cuadros, de los presidentes de los institutos de todas las provincias, quienes van nutriendo y haciendo cada día más poderoso el aparato. El resto de los organismos funcionales, las mujeres, los obreros, sabían de la pujanza numérica de la Juventud; eran organismos esqueléticos, en cierta medida protegidos por la JO, ante los electoralistas, pues teníamos gente capaz de reunir en un mitin a cinco mil personas. En el congreso de la JO para renovar la dirección, en 1950, el documento principal era el del pensamiento de la juventud cubana, que yo había llevado como proyecto a todos los municipios, y fue aprobado; antes había sido aceptado como válido por Eddy Chibás. Fue en ese congreso que me eligieron Secretario general de la JO.

R. H.: *Cuando Fidel sale de prisión, en 1955, declara que los asaltantes al Cuartel Moncada eran chibasistas revolucionarios. Sin embargo, ya a la altura de mayo o junio de ese año se separa del Partido. ¿Qué ocurre en la JO y en el Partido a partir de esa fecha, particularmente entre mayo de 1955 y diciembre de 1956, cuando Fidel desembarca en el Granma, e inicia la lucha armada contra la dictadura de Batista?*

M. L.: A partir del golpe de Estado de Batista, el 10 de marzo de 1952, el Partido Ortodoxo se divide en tres corrientes: los electoralistas, liderados por Márquez Sterling, que funda algo llamado el Partido del Pueblo Libre; los insurreccionalistas, que no creían posible otra vía para salir de Batista que una revolución, por el medio que fuera, y seguían a Millo Ochoa, ex presidente del Partido y candidato vicepresidencial en las elecciones frustradas de 1952; y Roberto Agramonte, que había sido el candidato presidencial para aquellas mismas elecciones, y que defiende una especie de abstencionismo: ni a las elecciones ni a la insurrección. Esa división y ambigüedad debilitaron al Partido. La JO también se divide en una corriente que dirijo yo, que se queda en el partido oficial, y otra que se va detrás de Roberto Agramonte.

Cuando Fidel empieza a organizar su plan para el Moncada, recluta a la mayoría de sus combatientes en Prado 109, el local oficial de este Partido, del cual yo era jefe de la Juventud. Aunque no conocíamos con exactitud lo que se proponía, sí sabíamos que era insurreccionalista. El ataque al Moncada se produce, en su mayoría, con jóvenes ortodoxos —a excepción de Raúl Castro, que había estado afiliado a la Juventud Socialista—, fundamentalmente, cuadros de la sección juvenil. Entre Fidel y yo, desde la Universidad, había una relación personal muy estrecha.

Cuando Fidel sale de la cárcel, nos entrevistamos y empezamos a coordinar un proyecto que él denominó «Las fuerzas morales». Se trataba de un gran instrumento generacional, del que participaba yo como dirigente de la JO; José Pardo Llada, gran vocero radial de la época; Amalio Fiallo, jefe de la Juventud Católica; José Antonio Echeverría, por la FEU, que se pretendían organizar como «las fuerzas morales» de nuestra generación. Esta relación me lleva también a presentarle a José Antonio Echeverría, el presidente de la FEU, a quien Fidel no conocía personalmente.

Como dirigente del Partido, yo no podía estar de acuerdo con los planes de Fidel, pero en el plano personal e ideológico sí existía una gran afinidad. Cuando sale de la cárcel y se organiza el movimiento moncadista, se lleva gente de la Juventud y rompe con la Ortodoxia oficial, mientras que yo me quedo dentro de la estructura del partido. Hay que tener presente, sin embargo, que ese término de «insurreccionalistas», obedecía al entendimiento conspirativo con los auténticos en el llamado «Pacto de Montreal». Ya la diferencia de madurez entre Fidel y aquellos jóvenes de la FEU era grande, pues él era ya un hombre de ejecutoria política, aunque la diferencia de edad no era tanta. Me pide entonces que hable con Echeverría para que este viajara a México. José Antonio aprovecha su asistencia a un congreso estudiantil —creo que en Chile—, y se reúne con Fidel; de aquí surge el llamado «Pacto de México» entre el Movimiento 26 de Julio y la FEU.

R. H.: *¿Estas tendencias que dividen internamente a la Ortodoxia se profundizan con el tiempo?*

M. L.: Absolutamente. En la medida en que Fidel va tomando el liderazgo generacional, la corriente electoralista se acentúa, hasta el punto de que ya el partido de Márquez Sterling acepta participar en los comicios convocados por Batista y recibe ayuda oficial para sus gastos de la campaña electoral.

R. H.: *¿En aquel momento tú pensabas que una alternativa posible era la electoral?*

M. L.: No. Pero tampoco creía, obviamente, que el Movimiento 26 de Julio pudiera alcanzar el poder. Yo consideraba que toda esta crisis política podría generar el clásico golpe de Estado de los elementos más «puros» —así se les llamaba—, dentro de las fuerzas armadas; y que la corriente de Fidel Castro pudiera, hasta cierto punto, desempeñar un papel en un proceso democrático electoral futuro dentro del Partido Ortodoxo; o bien al margen, con aquellas «fuerzas morales» que pretendimos crear y se frustraron, entre otras cosas, porque no había una gran comprensión.

R. H.: *Háblame de esa idea de que podía dársele un golpe al régimen, no necesariamente por la vía de la organización de un movimiento armado en la Sierra, sino de un golpe de Estado. ¿Cómo*

se proyectaba materializarla? ¿A través de una conspiración de oficiales honestos dentro de las fuerzas armadas, mediante una acción como el ataque al Palacio Presidencial el 13 de marzo de 1957? ¿Con qué fuerzas se podía haber organizado en aquel momento?

M. L.: Hay que recordar que, dentro del ejército cubano, desde la época que se establece la democracia representativa había corrientes inconformes con la corrupción y con el mal manejo de la cosa pública. Es la vieja teoría de los «nasseristas», consistente en que, en un país del Tercer mundo, el ejército era quien tenía la capacidad de producir un cambio político para desarrollar el país. Ese cambio no está reñido con vestir un uniforme, se dio en la Escuela Superior de Guerra del Perú, en 1968, de donde surgió el general Juan Velasco Alvarado; y más recientemente, en Venezuela, con el comandante Hugo Chávez. No se ha escrito mucho sobre el grupo de oficiales que había en Cuba opuestos a la política imperante. Una parte de él, derivó en golpe de Estado de Batista, pero todos, antes de la muerte de Chibás, estaban aglutinados en una corriente de inquietud contra el jefe del ejército durante los gobiernos auténticos, Genovevo Pérez, a causa de la corrupción imperante. Había cuatro profesores de la Escuela Superior de Guerra del ejército cubano, con una orientación antipriísta y antibatistiana: Roberto Agramonte, Herminio Portell Vilá, José Miró Cardona, y Rafael García Bárcenas. Agramonte era una persona respetada por su condición ética; Portell Vilá también un profesor honorable, había escrito el famoso libro sobre la Enmienda Platt —después de la Revolución mantuvo una posición muy reaccionaria y pro-americana—; y el profesor de Derecho Rafael García Bárcenas, un conspirador, que procedía de la generación de 1930, ortodoxo de filiación, y que representaba, entre todos ellos, el de mayor audacia, pues lideró un movimiento cívico, ya con Batista en el poder, dirigido a tomar el poder, supuestamente con respaldo militar, que no se produjo.

De ese movimiento, Fidel se lleva a una serie de figuras, como Armando Hart y Faustino Pérez. Te menciono todo esto porque evidencia la posibilidad de que un grupo de militares, al final, le dieran el encontronazo a la dictadura de Batista, como lo había dado el grupo que se complotó en el golpe de Estado del 10 de marzo de 1952.

Cuando se produjo la muerte de Chibás, apareció un vacío del que surge la idea en este grupo de militares de «Batista es el hombre», y este empezó a conspirar. El grupo de oficiales se divide entre los que tenían una posición más revolucionaria, y los oportunistas que solo querían el poder, quienes desechan la vía de la honestidad, y se unen al golpe de Batista. Entre estos estaban Ugalde Carrillo, García Tuñón, que primero estuvieron integrados al resto de «los puros», y dejaron

de serlo. Los elementos que tenían esta posición más ética, aunque no de izquierda, se quedaron en el ejército, y son los que producen, después, un intento de golpe, la rebelión del 4 de abril, José Ramón Fernández (*El Gallego*), Ramón Barquín, que tenían una inspiración *barcenista*, proveniente del promotor de aquella concepción, Rafael García Bárcenas. Fidel conoce todo esto. Pero él estaba pensando otra cosa.

R. H.: *Háblame del plan de Fidel.*

M. L.: La historia conocida, por no decir oficial, es que Fidel Castro organiza un grupo de jóvenes, los lleva a asaltar el cuartel Moncada, para la gran clarinada de alerta, consistente en perecer en el intento o hacer una sublevación heroica generacional. La historia que yo conozco es un poco diferente. Cuando Fidel está organizando su grupo, hay también en marcha una de las tantas conspiraciones insurreccionalistas de ese pacto auténtico-ortodoxo. Fidel se entera, igual que yo, de que ese 26 de julio, día de Santa Ana, se va a producir una asonada en el Campamento Militar de Columbia —que no se llegó a dar. Ahora bien, antes de pasar al plan de Fidel para el Moncada, hay que explicar un antecedente muy importante que tuvo lugar el propio 10 de marzo de 1952. Cuando se produjo el golpe de Estado, el jefe del cuartel Moncada era el coronel Álvarez Margolles. Al tomar Columbia, los complotados llamaron a Santiago de Cuba al cuartel Moncada, y le dijeron a Álvarez Margolles: «Entréguele el mando al capitán Roberto del Río Chaviano». Chaviano, que era capitán en Bayamo, se apareció en el Moncada y le entregaron el cuartel, y a Margolles lo pusieron de patitas en la calle. El plan de Fidel para ese día 26 de julio era que cuando entraran en Columbia los conspiradores, estos llamaban por teléfono y le decían al coronel Chaviano: «Entréguele el mando al coronel Álvarez Margolles», que estaba allí en Santiago de Cuba. Como Fidel ya habría asaltado el Cuartel, el que iba a contestar el teléfono no era Chaviano, sino el «coronel» Fidel Castro Ruz. La prueba de que esta era la estrategia es la foto de *Bohemia* donde aparece José Luis Tasende con los grados de sargento y el uniforme del ejército de Batista.

R. H.: *Para simular una sublevación interna del Cuartel Moncada.*

M. L.: Eran unos militares que tomaron el Cuartel. Antes del ataque, Fidel había ido a buscar a Luis Conte Agüero, que no apareció, porque aunque él le dijo que se quedara en Santiago, se fue para La Habana, y se suponía que este, a esa hora de la madrugada, iba a arengar al pueblo desde la radio y a sublevarlo, pues era un comentarista muy conocido en Oriente. De esta manera, la provincia iba a quedar como un territorio al margen del poder central. Y si los que controlaban

Columbia no aceptaban ceder el poder, y no había arreglo, Fidel hubiera seguido avanzando con su propia revolución, desde el Moncada.

Ahora bien, antes tú me habías preguntado qué probabilidades de triunfar tenía esta línea de la conspiración de «los puros», dentro del cuadro político general del país. Todo el mundo pensaba que eso era posible. En la medida en que el ejército de Batista sufriera bajas en la lucha, ya no solamente en la Sierra Maestra, sino en el Escambray, en las ciudades, la campaña de acción y sabotaje, el régimen estaba resquebrajándose, y lo lógico era que se produjera un golpe de Estado, no con los escogidos por Batista, sino con «los puros» presos en Isla de Pinos.

En mi opinión, no era posible que el Movimiento 26 de Julio pudiera tomar el poder para hacer una revolución, porque había fuerzas muy profundas que se le oponían. En eso Fidel tuvo una gran lucidez y penetración, más allá de lo que yo hubiera podido imaginar.

Tiempo después, ya en Miami, me di cuenta de la limitación de mi perspectiva. Cuando yo miraba a un coronel de Batista, veía un uniforme institucional que había que respetar, aunque sabía que adentro tenía a un bandido, un ladrón, un asesino, y que algún día ese uniforme lo vestiría un hombre honrado. Pensaba a la manera clásica: no se podía hacer la revolución contra el ejército, sino con una parte del ejército. Fidel vio más lejos, esa es la realidad. En Miami pude ver a coroneles de aquel ejército despachando malanga en los mercados, y entonces fue que llegué a apreciarlos como eran realmente, que era como Fidel los había visto.

R. H.: *¿Tú nunca pensaste en que la institución podía haber sido líquidada?*

M. L.: Pensé que iba a permanecer y que iban a cambiar los hombres. Fidel vio más lejos: «hay que cambiar la institución completa», y así fue. La clave de la Revolución cubana está en la sustitución del ejército, pero no de un día para otro.

R. H.: *Los fue licenciando.*

M. L.: Esa fue una estrategia muy inteligente.

R. H.: *Cuando fue evidente para ti que el régimen de Batista estaba en crisis, porque estaba perdiendo militarmente la guerra, ¿decidiste incorporarte a la lucha armada?*

M. L.: Efectivamente, entonces fue que comprendí que la estrategia guerrillera era la correcta, es decir la que Fidel había desarrollado en la Sierra Maestra y que podía ser efectiva en cualquier otra región montañosa de la Isla, particularmente en el Escambray.

R. H.: *Fuiste al Escambray y te incorporaste al Segundo Frente del Escambray, dirigido por Eloy Gutiérrez Menoyo. ¿Qué sectores políticos representaba el Segundo Frente del Escambray, como*

organización, y por qué elegiste incorporarte a ese grupo en particular?

M. L.: Con el que yo tenía una relación muy estrecha en el Directorio era con José Antonio Echeverría, que entonces ya estaba muerto; no tenía relación con Faure Chomón. Pero en el Segundo Frente estaba Eloy Gutiérrez Menoyo, cuyo hermano Carlos yo conocía, por haber sido el que entrenó, en aquel Pacto de Montreal, a gente de la JO en el manejo de armas, antes del asalto al Moncada. También conocía a Ignacio, otro de los españoles que estaban en ese grupo insurreccional, y a la gente de Eufemio Fernández, auténticos. Además, tenía una relación estrecha con Aurelio Nazario Sargent —no Andresito Nazario, el que se quedó con Alpha 66, sino el que había sido representante ortodoxo por la provincia de Las Villas, donde había gente de mi misma extracción política. Soy villareño, del pueblo de Vueltas, y organicé, como líder juvenil, todo el aparato estudiantil de los institutos locales. La mayoría de los alzados en el Escambray —con la excepción de Menoyo, de origen español y habanero—, eran campesinos y dirigentes juveniles de Las Villas. Allí contaba con una recepción de gente amiga.

R. H.: *¿Del Partido Ortodoxo y del Auténtico?*

M. L.: Del Auténtico también había, pero muy pocos, aunque Menoyo tenía entonces una buena relación con Prío; la mayoría eran ortodoxos.

R. H.: *Había más ortodoxos que auténticos.*

M. L.: Porque había más simpatías por los ortodoxos. Además, la ortodoxia siempre se caracterizó por ser un movimiento más rebelde que el autenticismo; los auténticos eran más conspiradores al estilo de golpe de Estado, que realmente de movimientos de masas. Esa era una de las razones. La otra es que Fidel en la Sierra tenía consolidado un frente, con una estructura, una dirección, y había personas muy cercanas a él en aquel momento, con las cuales yo había tenido mis fuertes discrepancias. Por ejemplo, Carlos Franqui, jefe de propaganda del 26 de Julio, y que había sido del PSP. Dentro del 26 de Julio él tenía una línea que yo consideraba en mi época, por mi formación ideológica, como cuasi-fascista, que se expresaba en aquella idea de «todo el poder para el 26». Antes de que triunfara la revolución, ya se manejaba así. El que se percibía como ideólogo de ese movimiento era Carlos Franqui, quien llegó a ser director de Radio Rebelde. En vez de hacer lo que hice yo, irme al Escambray, Pardo Llada se fue a la Sierra Maestra, y me contó luego que Carlos Franqui le pidió a Fidel que lo fusilaran. De manera que yo no tenía la seguridad de ser bien recibido, aunque Fidel me protegiera; quizás fuera un protegido de Fidel, pero mal visto por gente que estaba a su lado. Siempre ha habido aquí gente que, si no fuera por la protección de

Fidel Castro, ese aparato que existe en todos los procesos se los hubiera tragado. No tenía miedo de que me fusilaran, pero tomando en cuenta mi especialidad, un líder político joven con habilidades periodísticas, que escribía en los periódicos, que hablaba por radio, lo lógico era que yo fuera a parar de subordinado de Carlos Franqui. Por eso me voy al Escambray y no a la Sierra Maestra.

R. H.: *¿Cómo eran en este período las relaciones entre el Segundo Frente y las demás organizaciones que operaron en esa zona, básicamente el Directorio, la guerrilla del PSP, y la del 26 de Julio, dirigida inicialmente por Víctor Bordón? ¿Cómo se comportó el Segundo Frente a partir de que llegara el Che Guevara, y se intentó coordinar las fuerzas?*

M. L.: Déjame explicarte el origen del Segundo Frente. Respondía a una división surgida antes de llegar yo, dentro del grupo del Directorio, que es el original, y que tenía el concepto de que si Fidel tenía un frente de guerra del 26 de Julio en la Sierra Maestra, el Directorio iba a tener el suyo en el Escambray. Menoyo, que no era político, pero sí el jefe de acción del Directorio, sabía que en la zona había fuerzas que no iban a aceptar al Directorio como jefe de ese movimiento. Él consideró, en una actitud no políticamente sensata, que se podía crear un frente de guerra, y por eso se llamó Segundo Frente Nacional del Escambray, porque el primero era el de Fidel en la Sierra Maestra —aún no se había creado el Segundo Frente Frank País, por Raúl Castro. Se produce una pugna dentro del Directorio, entre Faure Chomón y Menoyo. Como resultado, se crea el Segundo Frente Nacional del Escambray, que admite dentro de su estructura a cualquier grupo que pretenda hacer, ideológicamente, o políticamente, una tienda aparte; una especie de frente popular, en el sentido político, donde los auténticos andaban con un brazalete de la Organización Auténtica, y los ortodoxos con uno de su Partido, en vez de lo que el Directorio quería: un frente único con una bandera y un solo nombre, Directorio Revolucionario Estudiantil 13 de Marzo. Menoyo se aparta de esta concepción antes de que el Che llegara al Escambray.

R. H.: *¿Ese Segundo Frente tiene un mando militar único, los diferentes grupos que se incorporan responden a ese mando único, cuyo comandante es Menoyo?*

M. L.: Sí. Menoyo es el jefe, y hay varios comandantes más, por razones militares, no políticas. Por ejemplo, alguien que combatiera en el Segundo Frente podía ser auténtico, y miembro de la guerrilla de Lázaro Artola —quien posteriormente moriría aquí en Cuba y lo enterrarían con el grado de coronel muerto en campaña. Lázaro era ortodoxo, de Sancti Spíritus y Camagüey, y bajo su mando podía combatir un auténtico, con un brazalete que dijera OA (Organización Auténtica). Pero

el mando militar estaba unificado, Menoyo y seis comandantes, con distintas guerrillas. Políticamente, el Segundo Frente no tenía ideología, cada ciudadano alzado podía pensar como quisiera; los había ideológicamente comunistas, como uno nombrado Domingo Ortega, que andaba con un gorro a lo ruso que decía «Partido Comunista», era uno de los ayudantes de Menoyo y después del triunfo de 1959 lo acompañaría en un desembarco, y fue condenado a veinte años.

La razón de ser de la división entre el Directorio y el Segundo Frente radica en esa competencia con el 26 de Julio, y el interés en establecer un frente guerrillero propio. Menoyo, que no era cubano, aunque se había criado en Cuba, tenía una concepción más militar y guerrillera, heredada de la Guerra civil española: no importaba si los combatientes eran socialistas, comunistas, o lo que fuera. Él era un jefe militar con seis comandantes, y los soldados y los cuadros podían tener la ideología que quisieran. Chomón —más capaz políticamente—, en cambio, consideraba que todo el que entrara en el frente de guerra del Escambray tenía que ser del Directorio, con un brazalete, todos unidos bajo la misma bandera del 13 de Marzo. Cuando me entero de esa distinción, se me ocurre mandar a hacer dos mil brazaletes, en colores muy bonitos, que dicen Segundo Frente Nacional del Escambray, con una antorcha, y logro hacerlos llegar al Escambray, para por lo menos darle una unidad no ideológica, sino de combatientes de un mismo cuerpo al Segundo Frente. Cuando llega el Che, se encuentra con esa división. El Directorio se pone de acuerdo con el Che, contrae una alianza, y el Segundo Frente, a causa también de una discusión entre el Che y un comandante, queda como la oveja negra del proceso.

R. H.: *¿Y la guerrilla del Partido Socialista Popular?*

M. L.: ¿Cuál guerrilla del PSP?

R. H.: *La que comandaba Félix Torres.*

M. L.: Esa no estaba en el Escambray, y yo ni siquiera tenía, entonces, información sobre la existencia de esa guerrilla. Félix Torres andaba por Yaguajay, zona que no tiene que ver absolutamente nada con el Escambray. Lo que sucedió fue que, en la ofensiva, cuando Camilo Cienfuegos avanza a tomar la zona norte de Las Villas, se encuentra, efectivamente, con unos guerrilleros comandados por Félix Torres y que se incorporan a la batalla de Yaguajay con Camilo Cienfuegos. Pero en el Escambray, los únicos dos o tres comunistas que había estaban en el Segundo Frente, bajo la fórmula que te expliqué antes.

R. H.: *O sea, que no respondían a una línea del Partido.*

M. L.: La alianza entre las fuerzas del Directorio y el Ejército Rebelde del 26 de Julio deja marginado al

Segundo Frente. Pero tenía una base táctica regional que respondía al interés de ganarle la batalla al ejército de Batista en Las Villas. Ya en La Habana, donde el Che y Camilo entran para tomar La Cabaña y Columbia, siguiendo la orden de Fidel, la alianza no tenía efecto; así que el Directorio se posesiona de la Universidad, del Palacio Presidencial, y del cuartel de San Ambrosio, de donde se llevan gran cantidad de armas. Es entonces que Fidel dice en un discurso famoso: «¿armas para qué?». Ese fue un enfrentamiento notorio y público. De manera que a raíz del triunfo Fidel estableció una especie de relación más estrecha con el Segundo Frente que con el Directorio. Por ejemplo, realiza su primer viaje fuera del país, a Venezuela, acompañado del propio Menoyo y Armando Fleites. No obstante, por otra parte, las diferencias entre el 26 de Julio y el Directorio se fueron zanjando; Fidel fue a la Universidad y tuvo una entrevista con Faure en privado, y ahí quedó todo más o menos tranquilo. Era el camino de la unidad revolucionaria que tanto Fidel como Chomón siguieron entonces.

R. H.: *Para terminar con la cuestión pendiente del Escambray, ¿por qué tú crees que el Segundo Frente y el Che Guevara, no pudieron llegar a un acuerdo?*

M. L.: Hubo un incidente, bastante absurdo, que lo puede explicar. El Che llegó al Escambray por una zona donde operaba el comandante Jesús Carreras, que había sido del 26 de Julio, de una familia bastante conocida en Las Villas. Era un hombre de acción, había matado a un teniente del ejército en Cabaiguán. Como la mayoría de los combatientes del Segundo Frente, sentía una gran admiración por Fidel aunque estuviera subordinado militarmente a Menoyo. Sin embargo, el comandante Carreras tenía malas pulgas, a mí no me gustaba. Cuando llega el Che al Escambray, lo hace por la zona que estaba bajo su mando. Allí organiza una reunión, estaba arriba de un jeep pronunciando un discurso, cuando llega Carreras y le dice: «Bueno, aquí el comandante soy yo, bájate de ahí», etc. Se establece una discusión bastante agria. Como el Che es el jefe que viene de Oriente, y aquella gente del Escambray era joven, machista, se produce este conflicto. Como resultado, el Directorio sí responde a la idea del pacto del Pedrero, y el Segundo Frente queda aislado.

El Segundo Frente continuó como una organización separada después del triunfo. Entonces tiene lugar la conspiración trujillista, cuya versión verdadera aparece en la revista *Bohemia* de la época. El que dirigió la contraconspiración, desde el principio, fue Fidel Castro. Desde que Menoyo se enteró de la conspiración, fue a ver a Fidel y se lo contó todo; Fidel fue quien dirigió la operación para contrarrestarla, junto con Camilo, Menoyo y Celia. No es justo quitarle a nadie su papel en la historia como realmente fue, aunque después se

haya puesto en contra; esas distorsiones han hecho mucho daño en las filas revolucionarias y todavía siguen dando lugar a mucho resentimiento.

R. H.: *Las organizaciones revolucionarias que lucharon contra Batista podían identificarse básicamente con muchos de los planteamientos que hacía el programa del 26 de Julio, que, como tú dices, era moderado. En torno a ese programa moderado, ¿se hubiera podido mantener la concertación entre las fuerzas revolucionarias? ¿O era inevitable que, en un momento determinado, los actores e intereses involucrados en cada una de ellas produjeran, necesariamente, la separación, el conflicto?*

M. L.: El conflicto se iba a producir de todas maneras, porque dentro de cada una de esas organizaciones que lucharon contra Batista había fuerzas económicas distintas. Cuando se pasa de una insurrección antibatista a una revolución, esta empieza a profundizar en sus objetivos finales de corte socialista. Pero lo que le añade a esa dinámica un ingrediente de disolución es la necesidad estratégica de la dirección de la Revolución, de lograr un entendimiento con el viejo PSP. Esa necesidad no era aceptable para muchos luchadores de la tradición revolucionaria de izquierda, porque los comunistas, como les llamábamos, nunca estuvieron de verdad integrados en la lucha insurreccional, sino en la línea llamada «lucha de masas», que significaba no hacer nada efectivo, desde el punto de vista armado, para derrocar la dictadura. Había una especie de rechazo a los comunistas, no por razones ideológicas, sino porque nunca participaron en las acciones directas de los distintos grupos revolucionarios, fuera el Segundo Frente, el Directorio o la OA. Al pretender unir todas las organizaciones que lucharon contra Batista, se incorpora a los comunistas, que no lucharon, sino más bien sufrieron contra Batista. Por razones diplomático-políticas de supeditación a los Estados Unidos, la dictadura perseguía a los comunistas, aunque no hicieran nada. Los esbirros de la policía —Esteban Ventura, Carratalá— los iban a buscar para justificarse ante la Embajada de Estados Unidos, diciendo que habían prendido a siete comunistas. Estos iban a recibir los palos de todas maneras. Pero ese no era un mérito suficiente para quienes estaban conspirando, que sabían que se trataba de un hecho policiaco para justificarse ante la Embajada. Para el 26 de Julio, que sí había practicado la acción armada en las ciudades, los comunistas no lucharon en el clandestinaje, ni se alzaron como organización. Cuando el Che y Camilo avanzaron en la campaña de Las Villas, Fidel llegó a un acuerdo con ellos y empezaron a colaborar; pero no con la misma actitud militante insurreccional que las otras organizaciones.

Por otra parte, dentro del Directorio, del Segundo Frente, y sobre todo del 26 de Julio, había sectores que respondían a intereses de la burguesía alta y media.

Mantener esa alianza bajo el programa del 26 era muy difícil; sobre todo ante los Estados Unidos, que tenían como designio aplastar la Revolución. Ellos no querían en Cuba una revolución, ni comunista, ni de ningún tipo.

R. H.: *En resumen, ¿el anticomunismo, junto con los intereses de sectores económicos específicos, hacían muy difícil que se mantuviera la unidad en torno a un programa moderado como el del 26 de Julio?*

M. L.: El programa moderado no podía mantenerse, porque la dinámica impuesta por el enemigo obligaba a radicalizarlo.

R. H.: *¿El factor de la oposición de los Estados Unidos fue determinante para que la dinámica se saliera del marco del programa del Moncada y se desencadenara un proceso más radical?*

M. L.: Esa dinámica obligaba a la radicalización, era inevitable.

R. H.: *¿Esto no hubiera podido tener otra salida, dado el hecho de que los norteamericanos reaccionaron de la manera como lo hicieron?*

M. L.: Como los norteamericanos reaccionaron de esa manera visceral contra la Revolución, era necesario que hubiera definiciones por la parte interna. Si se mantenía el programa del 26 de Julio histórico, ellos iban de todas maneras a tildarlo de comunista, aun cuando fuera mínimo, lo habrían vetado. Aunque los comunistas del PSP hubieran jurado que se iban a comportar correctamente, como lo hicieron con Batista en 1940; que su programa inmediato era la democracia representativa, de acuerdo con las leyes de la Constitución del 40, y que no iban a radicalizar el proceso, no los habrían aceptado. Estábamos en la época del macartismo, cuando ser comunista era pecado mortal. De manera que incluso si los comunistas se hubieran comportado del modo más humilde para no perjudicar a la Revolución, los Estados Unidos los habrían magnificado. Veamos un ejemplo: ¿quién hubiera sido, democráticamente electo, el líder de la CTC en la Revolución? Lázaro Peña, no por comunista, sino por sus méritos de dirigente obrero. ¿Qué hacer? ¿Decirle a Lázaro que no podía ser el jefe de la CTC, aunque tuviera los votos de los obreros, porque perjudicaba a la Revolución? Esta tenía que ser inclusivista y darle espacio a todos los movimientos políticos, incluso a los comunistas. ¿Acaso la revolución y su programa mínimo de reformas iba a terminar persiguiendo a los comunistas, para buscar la anuencia de los Estados Unidos? Eso era impensable. No había otra alternativa que avanzar en la radicalización; tratar de que dentro de las filas de la Revolución no hubiera retransas que la impidieran. De manera que no era posible mantener un programa mínimo revolucionario, porque teníamos a los Estados Unidos forzando la radicalización.

R. H.: *¿Piensas que la pervivencia del anticomunismo en muchos actores de la Revolución no estaba ligada a consideraciones ideológicas, a que estuvieran en desacuerdo con el socialismo, sino a considerar que los comunistas no estaban capacitados ni tenían los créditos políticos necesarios como para poder ocupar las posiciones de dirección del proceso?*

M. L.: Gravitaban tres factores. El primero era el de las credenciales revolucionarias, en el concepto cubano de lo que es revolución, es decir, la acción; segundo, en el aspecto político, el pacto con Batista, el enemigo, el dictador; tercero, muchos consideraban que el PSP era un partido de corte estalinista que miraba por los ojos de Moscú, que obedecía las órdenes del Komintern. Digamos que determinados dirigentes comunistas no estaban de acuerdo con aquella línea, pero como estaban en el Partido se regían por el lema de los jesuitas, «silencio y obediencia». Lo que cuenta en política es lo que tú dices y haces, no lo que piensas en la intimidad. El prestigio del PSP se mantuvo gracias a la protección de Fidel Castro, quien de la misma manera que ha estado protegiendo a personas que los aparatos han querido crucificar, les puso la mano. Mucha gente de la Revolución que se quedó aquí, lo hicieron porque Fidel de alguna manera los convenció de que eso era necesario y posible. Otros, como yo, no lo aceptaron: por eso me fui.

R. H.: *Más allá de la actitud de los norteamericanos y del anticomunismo, ¿hubiera sido posible, para los sectores representantes de intereses económicos privados, concertar, participar, conciliarse con un gobierno donde existían marxistas como el Cbe Guevara, que no era militante de un partido comunista, y que tenía todas las credenciales revolucionarias necesarias?*

M. L.: No. Dos razones fundamentales. La primera era el estilo de la Revolución. Aunque el programa fuera moderado, el estilo era muy radical y asustaba. Segundo, hubo siempre una corriente en Cuba que miraba a los Estados Unidos y a Washington, y no lo concebían. Si los norteamericanos hubieran aceptado una revolución en Cuba, es posible que el dueño de la cervecera La Polar dijera: «bueno, si no significa que estoy colaborando con un gobierno enemigo de los Estados Unidos y el Estado revolucionario me deja fabricar cerveza, venderla a veinte centavos y ganar dinero, no tanto como antes, pero ganarlo y vivir en Cuba, perfecto, me quedo con la Revolución». Esa elección ideal nunca se presentó; por el contrario, se planteó el dilema: con la Revolución o con los norteamericanos. Evidentemente, el que tenía cuatro pesetas no iba a quedarse con la Revolución, sino con los norteamericanos. De hecho, el *Diario de la Marina* y el periódico *Hoy* coincidían, en enero de 1959, en una cosa: no era posible una revolución a noventa millas de los Estados Unidos. Sin embargo, Fidel quebró ese esquema.

R. H.: *Decías que, antes del triunfo, el hecho de que existieran posiciones fascistoides dentro del 26 de Julio, como Carlos Franqui,*

te había inhibido a ti, y probablemente a otros, de incorporarse al frente guerrillero de la Sierra Maestra. ¿Después del triunfo, cómo se manifestó ese sectarismo o esa fragmentación dentro de las fuerzas revolucionarias? En particular, ¿cómo se expresó dentro de las que compartían las medidas más radicales del gobierno revolucionario?

M. L.: Ni el Segundo Frente ni yo tuvimos ningún tipo de confrontación con los comunistas al principio. Ellos ejercían derechos merecidos, como publicar |el periódico *Hoy* o hablar por la radio. El sectarismo se manifestaba más por el lado del 26. El periódico *Revolución*, dirigido por Franqui, era el que dictaba las pautas de quién tenía derecho o no. «Todo el poder para el 26», ese es el primer gran choque que resiente a muchas personas. Yo tenía una hora de radio, porque contaba con la benevolencia, hasta cierto punto, del director de la Cadena Oriental de Radio, intervenida por un hombre del 26, amigo personal mío; si hubiera sido por el Movimiento del 26, yo no hubiera hablado por la radio. Por ejemplo, en algunos sindicatos los jefes impuestos en la primera elección fueron del 26, y tomaron esos cargos sin haber sido líderes de primera fila del movimiento obrero.

R. H.: *Según le dijiste en una entrevista a Luis Báez, tú estabas a favor de una revolución socialista, pero que no fuera de partido único ni tan radical. Cuando saliste al exilio, antes de Playa Girón, en el año 1961, no se había producido todavía la unificación de los partidos revolucionarios en uno solo, ni se había declarado el carácter socialista de la Revolución, aunque ya se habían tomado medidas muy radicales. ¿Cuándo y por qué se produce la ruptura de personas como tú, con la línea política prevaeciente? ¿Cuáles fueron las medidas revolucionarias que te parecieron excesivamente radicales?*

M. L.: A mí no me asustaron las medidas radicales, que no lo eran tanto, dado mi pensamiento político. Lo que me preocupaba era la influencia cada vez más marcada de los comunistas del PSP en el control de una serie de aparatos cuya presión yo sentía. Las medidas que afectaran al capital eran solo consecuencia de los pasos lógicos de una revolución con un objetivo socialista; no me asustaba, por ejemplo, que intervinieran la Compañía de Teléfonos, ni la de Electricidad. Lo que sí sufría porque los cuadros comunistas afectaban mi ubicación dentro del proceso. Tuve problemas en mi hora de radio en la emisora Cadena Oriental, a partir de una confrontación con los que hacían un programa de la Juventud Socialista en la misma emisora, que me atacaron en el plano personal; yo les respondí en el mismo tono, y esa fue mi última transmisión, porque a partir de ahí me amenazaron y me fui para mi casa.

R. H.: *¿Eso quiere decir que se te cerraron todas las puertas?*

M. L.: Yo no estaba bien visto para trabajar en la radio, y el aparato me lo hizo saber. Un día se apareció en casa un primo, Osmundo Machado, a la sazón director

de los Ferrocarriles de Cuba, en sustitución de Raúl Chibás, que se había ido del país. Me propone ir a trabajar con él como jefe de relaciones públicas de los Ferrocarriles. Me mantenían el mismo sueldo «histórico» de 2 000 pesos, y que Raúl, Fidel y José Ramón Machado, su hermano, estaban al tanto, me dijo. Le respondí que ya era tarde: «en el capitalismo, relaciones públicas es estar bien entre los clientes y la empresa; en un régimen comunista, ese papel es de comisario político, ante la empresa y ante los trabajadores; si yo acepto ese cargo, con el expediente que ya tengo, me van a coger preso y acusarme de traidor a la Revolución, y el testigo vas a ser tú, aunque lo hayas hecho de la mejor buena fe, y porque te han pedido que lo hagas; de manera que no es bueno para ti ni para mí, yo me voy». Así se produjo mi rompimiento.

Ahora bien, había otro aparato que no era el controlado por el Partido, que sabía que yo estaba conspirando contra el gobierno. Yo era ya el jefe de propaganda del Movimiento Revolucionario del Pueblo (MRP) y el creador de su órgano oficial, llamado *Orientación*, un periodiquito clandestino. De manera que yo sí estaba conspirando, aunque esa no fue la razón para decidirirme, sino la presión de ese grupo del PSP.

R. H.: *¿Y a partir de qué momento empezaste a vincularte con el MRP y con Manuel Ray Rivero?*

M. L.: Yo tenía una buena relación con Ray. Cuando él se vira, ya sabía que yo no estaba en la radio, y de mi actitud discrepante. Por eso, cuando se funda el MRP, me propuso trabajar con él en la clandestinidad.

R. H.: *¿Eso ocurre a fines de 1960?*

M. L.: Sí. Cuando yo salgo de Cuba clandestinamente, en dos lanchas, con mis compañeros del grupo del Segundo Frente, y llego a Miami, me entero de que ese MRP para el cual yo trabajé —creyendo que era lo que le llamaban «el fidelismo sin Fidel», es decir, el movimiento revolucionario en desacuerdo con el comunismo, pero que rescataba los principios de la Revolución—, ya estaba pactado con los norteamericanos. No hubo un solo movimiento en la oposición al castrismo, para llamarlo de alguna manera, que desde el año 1959 —quizás con la excepción de los esbirros batistianos de la Rosa Blanca— incluyendo el MRP, que desde el primer momento que empezaron a luchar contra el gobierno por la vía subversiva, no estuviera penetrado, manipulado y pagado por el gobierno de los Estados Unidos o cualquiera de sus agencias. Eso explica que haya habido personas en Cuba acusadas de agentes de la CIA, que reaccionaron diciendo: «Yo no tengo nada que ver con la CIA». Porque muchos no sabían de la presencia de los Estados Unidos. Cuando yo trabajaba en la propaganda contra el gobierno, a través del periódico *Orientación*, perteneciente

a un aparato cuyo jefe era Manuel Ray Rivero, ya ese movimiento estaba bajo el control de los Estados Unidos —y quizás ni Ray lo sabía al principio. El hombre que utilizan los norteamericanos para penetrar a Ray se llama Rogelio Cisneros, que venía del Movimiento de Recuperación Revolucionaria (MRR), dueño de una escuela en Camagüey, y que había sido del 26 de Julio.

R. H.: *¿Y había estado con Hubert Matos?*

M. L.: Con Hubert Matos. Por cierto, esa es otra historia que no se ha contado abiertamente. Hubert Matos estaba conectado con la CIA en Camagüey a través del consul británico. No era, como se pretende, un idealista del 26 de Julio que estaba contra el comunismo. Los que estaban con él en aquella época y ahora viven en Miami, lo conocen bien.

Siguiendo con el MRP, el movimiento de Ray responde a una corriente burguesa dentro del 26 de Julio. Él quería lo mejor de los dos mundos, una revolución moderada, tolerada por los norteamericanos. Esta era una ingenuidad política porque los Estados Unidos no querían ninguna revolución, ni chiquita ni mediana, ni mucho menos grande.

R. H.: *Cuando tú saliste al exilio en 1961, ya como parte del MRP, ¿cuáles eran tus ideas, qué te proponías alcanzar? ¿Hasta cuándo seguiste en el MRP?*

M. L.: Cuando salí de Cuba ya tenía conocimiento de que Ray se había ido antes, y de que el jefe del MRP en Cuba era Rogelio Cisneros, a quien ya yo más o menos presentía, por su procedencia del MRR, como conectado con los norteamericanos, con Manuel Artime, y esto me dio mala espina. Luego lo confirmé en Miami. Cuando llegamos a Cayo Hueso, al otro día nos llevan presos y estuvimos encerrados seis meses. Durante ese tiempo, nos llega información de que todos los movimientos están conectados con los norteamericanos, que se va preparar la invasión por Girón, que se ha conformado el Consejo Revolucionario Cubano. Ninguno de nosotros del Segundo Frente tenemos que ver nada con ese aparato que se ha creado, estamos fuera del juego, en el limbo.

R. H.: *¿No se conectan con alguna organización?*

M. L.: Con ninguna, somos el Segundo Frente, trece personas presas en un campamento de inmigración, con los acontecimientos desarrollándose, sin que juguemos ningún papel, interrogados constantemente por los aparatos de inteligencia para sacarnos información, que nos daban más que la que nos sacaban, porque estábamos aislados, y vinimos a saber que la invasión de Girón había ocurrido estando en aquel campamento.

R. H.: *¿Y por qué los tuvieron tanto tiempo presos?*

M. L.: Porque no encajábamos en el ajedrez del tablero norteamericano. Como estábamos presos, y no veíamos a nadie, podían hablar en confianza con nosotros. Antes del ataque nos preguntaron cómo era la Ciénaga de Zapata, nos pusieron sobre la mesa el plan, y nos insinuaron de manera velada, uno a uno, a ver si alguien quería defeccionar del grupo y unirnos a aquella porquería. Cada uno por su cuenta dijo que no, que no íbamos a ninguna aventura de ese tipo. Es explicable entonces que nos tuvieran presos, porque después que hablaron con nosotros y nos dieron información, era un peligro soltarnos. Además, no teníamos padrinos, ¿por qué habrían de soltarnos?

R. H.: *¿Cuando salieron se mantuvieron como Segundo Frente del Escambray?*

M. L.: Yo llego con el grupo, pero realmente ya no como miembro del Segundo Frente, que se había disuelto. En un documento escrito por mí, les damos libertad a todos los miembros para que decidieran, unos se quedaron aquí con la Revolución, otros se fueron; y el Segundo Frente como movimiento se disolvió. De manera que cuando salimos, solo somos un grupo de compañeros que pertenecemos al Segundo Frente, pero no existe una organización; aunque mantenemos la unidad, por protección de cada uno de nosotros. Después que Menoyo y algunos de ellos forman Alpha 66, ya yo no tengo que ver nada; estoy ya trabajando como periodista, buscándome la vida con un pequeño programita de radio, mantengo una relación de amistad con ellos, pero no estoy involucrado en esa organización.

R. H.: *¿A partir de ese momento, no hay ninguna organización ni proyecto político con el cual te sentiste identificado?*

M. L.: No.

R. H.: *¿No te vinculas más con Ray ni con el MRP después que sales de aquí?*

M. L.: Salgo de Cuba libre de todo compromiso político.

R. H.: *¿Qué tú pensabas en aquel momento que podría ocurrir?*

M. L.: Al salir de Cuba, le dije a mi mujer, que iba a seguirme después: «Esto es para veinte años».

R. H.: *¿No pensabas que era posible que triunfara la oposición?*

M. L.: No. Y se lo dije a los norteamericanos que me interrogaron: «Fidel Castro tiene el 95% de la población; no me fui huyéndole al gobierno ni al pueblo de Cuba que está con Fidel, no se equivoquen». Entonces me convertí en un periodista que no desempeñaba ningún papel en el juego político, porque no creía en posibilidad alguna de cambios para Cuba en muchos años.

R. H.: *¿Cuándo te pudiste volver a reunir con tu familia?*

M. L.: Te cuento una historia. Un gran amigo mío, Javier Lezcano, dirigente sindical en la Compañía de Teléfonos, también era muy amigo de Pardo Llada;

cuando este se va de Cuba, Fidel le pide a Lezcano que fuera a ver a Pardo a México, a ver si iba a regresar o no; Pardo le dice que se va a quedar, y Lezcano se lo transmite a Fidel. La mujer de Pardo Llada, María Luisa, y su hija Bernardette —que ahora es periodista y entonces era una niña—, se meten en la embajada de Costa Rica. Fidel le explica a Lezcano que ellas no tenían que meterse en una embajada para irse de Cuba. Pero Lezcano le cuenta entonces que a mi mujer Miriam y sus dos hijas, cuando fueron a sacar el pasaporte, el viceministro de Relaciones Exteriores, Olivares, les dijo que no habían firmado los papeles que tenían que firmar, y que no podían salir del país. Fidel cogió el teléfono, llamó a Olivares y le dio órdenes de que los papeles estuvieran en regla, y le dijo a Lezcano: «La acompañas con las niñas al aeropuerto y que se lleven todo lo que quieran». Mi mujer salió vía México hasta con la cuna de la niña, por orden suya. Antes de irse, le dijo: «Si te quieres quedar, esa es tu decisión. Tú eres profesora de ballet, vas a ver a Alicia, y empiezas a trabajar con ella. Si te quieres ir, te vas». Fidel es un hombre muy agradecido en lo personal. Conozco muchos casos en que abusaron de su generosidad.

R. H.: *En los papeles desclasificados de la administración Kennedy, se muestra que figuras prominentes, como el asesor de Seguridad Nacional, MacGeorge Bundy, tenían una predilección por una figura como la de Manuel Ray. ¿A qué tú atribuyes esta preferencia? ¿Por qué, a pesar de contar con ella, no pudo ocurrir que esa tendencia más moderada prevaleciera en el exilio?*

M. L.: Se explica que aquellos liberales norteamericanos, que soñaban con una revolución moderada en América Latina, y Kennedy, al que han convencido de que puede ser un nuevo Roosevelt en sus relaciones con la región, y que hacen el famoso manifiesto de «la revolución traicionada por Fidel», quieren que lo que la sustituya sea la revolución original que se supone Fidel encabezó. Ese régimen que pactó con el comunismo no sería derrocado por los Estados Unidos para imponer el batistato o la república corrompida anterior, sino una revolución democrática latinoamericana. Ellos entendían que Ray y los suyos, dentro de aquella fauna anticastro, eran los limpios, los puros. Ahora bien, ¿por qué esa idea no funciona? Porque aunque ese es el razonamiento del grupo intelectual que rodea a Kennedy, en el campo operativo está la CIA, herencia de Eisenhower, John Foster y Allan Dulles, los dos hermanos, con una agenda propia, desde Guatemala, según la cual todas estas revoluciones son instrumentos negativos para la política y la economía de los Estados Unidos. Y la CIA ya ha escogido a su gente. Aunque Manolo Ray tiene la bendición del aparato político oficial del gobierno norteamericano, la estructura creada por la CIA, Manuel Artime y compañía, solo admite la concesión de incorporarlo a ese Consejo Cubano,

fabricado por ellos mismos, y que se bautiza luego como Consejo Revolucionario Cubano, precisamente para integrar a Manolo Ray.

De esta manera, la CIA logra mantener la fachada de una revolución blanca que quiere el equipo de asesores de Kennedy, pero a la vez tiene los controles operativos con la Brigada 2506, cuyos jefes han escogido a Manuel Artime, su *golden boy*. La presencia de José Miró Cardona, como presidente de ese Consejo, también es parte de esa estrategia. A Miró lo han traído de Argentina y lo han puesto de presidente del Consejo Revolucionario por puro oportunismo militar. Antes te conté que Miró había sido profesor de la Escuela Superior de Guerra del ejército cubano. Pero además, fue el abogado defensor en la causa que se le siguió a tres de «los puros», uno de los cuales era José Ramón «El Gallego» Fernández. Cuando el *debriefing* de Miró Cardona en la oficina de la CIA en Buenos Aires, se enteran de que él había sido defensor del Gallego; y la CIA sabe que este era un jefe militar de Fidel, precisamente el que estaba a cargo de la artillería y los morteros. Entonces deciden traer a Miró Cardona como presidente del Consejo, de manera que cuando se publique en la prensa internacional que iba a ser el futuro presidente de Cuba, a partir de la caída del Gobierno revolucionario, «El Gallego» Fernández sacara sus cuentas y se pusiera del lado que le podría convenir. Esa es la única explicación de por qué Miró Cardona llegó a ser presidente del Consejo Revolucionario, y él mismo me lo confesó. Ese secreto explica muchas cosas. Miró Cardona era el presidente, el don Tomás Estrada Palma de aquel proyecto, con un expediente perfecto, que incluía además buenas relaciones con Artime, el hombre de la CIA, y con Ray, el apadrinado de los liberales de Kennedy. Él desempeñaba conscientemente su papel en aquel juego.

R. H.: *¿Por qué ese apadrinado de los Kennedy no pudo ser luego la figura clave, la que determinara el rumbo que tomara después el exilio, cuando fracasa Girón y la CIA pierde poder en la política hacia Cuba?*

M. L.: Hay que analizar también la personalidad de Ray. Era un ingeniero. Su intervención en el proceso antibatistiano fue como dirigente de Resistencia Cívica, vender bonos, recoger dinero, con todos los riesgos que eso tiene, sin dudas, pero no es un hombre con entrenamiento político ni con garra de poder, sino un ingeniero con los mejores deseos para su país, que se ve envuelto en una revolución que dirige Fidel Castro y al cual sirve como ministro de Obras Públicas. Ni es un hombre de masas, ni orador, ni escritor; es un ingeniero capaz de diseñar un edificio y dibuja una revolución blanca en un papel. Esa revolución blanca, sin embargo, la gobiernan los norteamericanos, que tienen otros intereses. Cuando fracasa Girón, resurge

la competencia, en un exilio que sigue manejado por la CIA y los batistianos. Se va para Puerto Rico, desde donde no puede establecerse el centro de una revolución contra Cuba, tenía que haberse quedado en Miami, combatiendo contra la derecha y los batistianos.

R. H.: ¿Se retiró?

M. L.: No se retiró de la política. Organiza el JURE, y mantiene el MRP, ya a partir de un acuerdo de colaboración con la CIA, y esta le suministra los hombres de acción. ¿Sabes quién organizó los campamentos de entrenamiento y operaciones que tenía el MRP en Tampa?

R. H.: ¿Menoyo?

M. L.: Menoyo tenía sus campamentos en Santo Domingo. El organizador de los campamentos del MRP fue Luis Posada Carriles. No por vinculación ideológica, sino puesto por la CIA. Entonces Ray anuncia que reiniciará la lucha en Cuba el 20 de mayo de 1964, pero él no podía ir y no tuvo la audacia necesaria. Yo lo entrevisté y me reconoció que se había dado cuenta de haber contraído un compromiso que no podía cumplir, y se desacreditó. Mi teoría es que la CIA sí tenía una agenda definida sobre Cuba que se mantuvo, y tenía el temor de que Ray le presentara una competencia a sus designios, así que lo ayudaron a que hiciera ese tipo de ofrecimiento que no podía cumplir. Cuando llegó el 20 de mayo y no cumplió su promesa de entrar en Cuba para organizar el movimiento supuestamente clandestino, ahí se acabó Manuel Ray.

R. H.: ¿La causa directa de que se mantuviera la beligerancia de los grupos armados desde 1963 en adelante, a pesar de la cancelación oficial del Plan Mangosta, era que la CIA mantiene un programa propio de acción contra Cuba?

M. L.: Había gente de la CIA que mantenían ese proyecto, más allá de la Operación Mangosta y de Robert Kennedy.

R. H.: ¿Esto era posible, sobre todo, por la iniciativa de los grupos establecidos, acostumbrados a vivir del presupuesto que les suministraba la CIA?

M. L.: Llegó un momento en que ya eso se convirtió en un *modus vivendi*, un negocio que se dedicó, primero, a sacar gente de Cuba; después a la marihuana; y finalmente, a la cocaína. Fue una cadena de sucesiones.

R. H.: Eso explica la continuidad de Alpha 66.

M. L.: Alpha 66 no tiene, desde mi punto de vista, tanta fuerza real como se ha dicho. Siempre estuvo penetrada por la inteligencia cubana.

R. H.: ¿Y los Comandos L?

M. L.: Todos estuvieron siempre penetrados.

R. H.: ¿Quieres decir que eran grupos muy pequeños, que no tenían significación real ni jugaban un papel en la política de los Estados Unidos hacia Cuba?

M. L.: Nada más que propaganda entre los cubanos de allá. El viejo Nazario era un chiflado, el jefe de Alpha, nadie lo tomaba en serio. Menoyo, que había sido el más audaz de todos ellos, cuando llegó a desembarcar en Cuba con cuatro hombres, resultó que uno era de la Seguridad, un guajirito de Placetas que estaba en los campamentos con Menoyo y vino con él, y después lo ascendieron a coronel. Como te dije, todos los grupos siempre han estado penetrados.

R. H.: Háblame del papel de la Iglesia católica en esa etapa.

M. L.: En 1959, todas las vertientes posibles en los campos ideológicos, incluidos las agrupaciones católicas, fraternizaron con el derrocamiento de la dictadura y el advenimiento de la Revolución. Estas últimas veían en Fidel Castro, más que el revolucionario radicalizado en la Universidad de La Habana, al antiguo alumno del Colegio de Belén. Desde el padre José Rubinos, pasando por toda la jerarquía de la Acción Católica, creyeron que había llegado al poder alguien con una gran influencia religiosa de sus tiempos juveniles. Hasta cierto punto, tomaban sus deseos por realidades. Como quiera que se interpretara su papel, Fidel Castro representaba claramente una izquierda revolucionaria democrática, lo que de por sí despertaba sospechas entre sectores conservadores de la Iglesia católica más tradicional, desde el cardenal Manuel Arteaga hasta el obispo auxiliar de La Habana, monseñor Eduardo Boza Masvidal,¹ que si bien era un sacerdote con cierto arraigo en la base católica, tampoco dejaba de ser un conservador.

La parte política de la Iglesia estaba dirigida fundamentalmente por el Movimiento de Acción Católica. Este había jugado un papel en la lucha contra Batista, pues muchos jóvenes católicos fueron al clandestinaje, a la Sierra Maestra. Por ejemplo, quien después sería el famoso *golden boy* de la CIA en Playa Girón, Manuel Artime Buesa, había bajado de la Sierra con el grado de teniente. A partir de estos jóvenes se fue nucleando un grupo católico que quería influir en los destinos de la Revolución. En ese proceso aparecen factores extraños, fundamentalmente la CIA, que convierte la oposición de los elementos de origen católico —en la Universidad, en los sindicatos— en la mejor cantera y fuente de confrontación con la Revolución. Su primera operación pública grande fue precisamente la peregrinación de la Virgen de la Caridad, en la coyuntura del Congreso Católico Nacional, el 8 de septiembre de 1959, cuando Fidel pudo percatarse de que se tendía a usar la Iglesia y los símbolos religiosos en función de la contrarrevolución.

La CIA hizo su irrupción en este movimiento católico cuando empiezan a organizarse los grupos de oposición. Entre estos estaba uno llamado el Directorio Estudiantil —nada que ver con el Directorio original,

liderado por José Antonio Echeverría— sino fundado por la Acción Católica, en particular de estudiantes de la Universidad de Santo Tomás de Villanueva. Su principal figura era Alberto Muller,² sobrino de un obispo católico, también conservador, monseñor Alfredo Muller.

Con líderes como Artime y Muller se inicia ese proyecto de buscar elementos católicos que conspiran activamente contra la Revolución, manipulados por la CIA, mediante la Sección Política de la embajada norteamericana en La Habana, en 1959 y 1960. De ahí se deriva la hegemonía de los grupos católicos en todo el proceso contrarrevolucionario. Ahora bien, si vamos a buscar el origen y la razón de ser de esta influencia, hay que tomar en cuenta que el director de la CIA, Allen Dulles, y su hermano, el secretario de Estado, John Foster Dulles, tenían un tercer hermano casi nunca mencionado en la historia, que era un jesuita. El propio presidente John Kennedy era católico. De manera que en su afán por encontrar una base en Cuba, estos políticos norteamericanos, naturalmente, se agarran de la Iglesia, creyendo que en la tradición histórica cubana había un sentimiento profundamente católico, lo que era falso. Entre estos primeros grupos en la lucha contra el gobierno revolucionario desde 1959, están los partidos tradicionales, como es el caso de Manuel Antonio de Varona, que había sido primer ministro del gobierno de Prío; entre los Auténticos, él es el primero que hace contactos con la CIA, para fundar un movimiento de oposición llamado Rescate Revolucionario Democrático. Junto a estos viejos políticos, la gente nueva son los católicos, los que se llevarán el gato al agua.

Por otro lado, estaba el ingeniero Manuel Ray, un hombre bueno, cristiano, aunque no de militancia religiosa; no obedecía al Papa ni a Acción Católica. Hubo una cierta rivalidad entre el MRP y el Movimiento de Recuperación Revolucionaria (MRR), dirigido por Artime. Llega un momento en que el Movimiento de Acción Católica, que reunía a una serie de grupos de la oposición, en su deseo de controlarlo todo, y no sé si por instrucción de la CIA, penetra en el MRP. El más importante de esos dirigentes católicos era Reynol González,³ pero había otros como Antonio Veciana, quienes, cuando Ray se va de Cuba, controlan el MRP. En ese cuadro, con toda la oposición interna dirigida por la CIA, con José Miró Cardona como mascarón de proa, el verdadero hombre fuerte, después de Girón, iba a ser Manuel Artime, lo que significaba el retorno de Acción Católica al poder.

R. H.: *¿Tú crees que la política de la jerarquía católica era dejarse utilizar por la CIA, o que se trataba de la iniciativa de grupos católicos al margen de la propia Iglesia?*

M. L.: La jerarquía de la Iglesia católica no estaba preparada para verse envuelta en una lucha por el poder. Tradicionalmente, la Iglesia recibía respaldo económico de la dirección política oficial, tanto en los gobiernos de Batista, Grau o Prío; buscaba un acomodo donde pudiera recibir beneficios para sus obras de caridad, su política, que conciliaba con el poder temporal. Esta Iglesia católica no estaba preparada para una revolución. Los católicos que participaron en la lucha contra Batista lo hicieron por propia iniciativa, quizás fue así también con los que participaron en la lucha contra la Revolución. No creo que hubiera, naturalmente, mucha simpatía de la jerarquía católica por el Gobierno revolucionario ni por sus medidas, que afectaron la base del poder de la Iglesia. Pero tampoco pienso que existiera un designio conspirativo de los grandes sacerdotes —ni el Cardenal Arteaga, ya muy anciano, ni los obispos—, sino de la iniciativa propia de estos grupos manejados por la CIA, movidos por una ambición política, pero también por sentirse agredidos en su pensamiento político-religioso.

R. H.: *Max, después que se produce esta evolución de los grupos de la contrarrevolución, y empieza a declinar su peso como amenaza militar, ocurre un largo intervalo. La mayoría de esta oposición emigra entre 1959 y 1962; luego ocurre una segunda oleada, facilitada por la política de la administración Johnson, a partir de 1965, con el acuerdo migratorio que se extiende hasta 1973. En el resto de la década de los 70, cuando se interrumpe este flujo directo a los Estados Unidos, tiene lugar un cierto cambio político dentro de la emigración. A finales de esa década, el gobierno cubano se plantea una política alternativa hacia sectores más moderados de esa emigración, de manera que surge un escenario de diálogo. ¿Cuál fue el factor determinante en este proceso? ¿Tuvo lugar realmente una evolución política dentro de la emigración; y el gobierno cubano la identificó? ¿Eran sectores minoritarios los que estaban potencialmente dispuestos al diálogo? ¿Fue iniciativa del gobierno cubano?*

M. L.: En primer lugar, la evolución de la emigración cubana, desde una posición de franca confrontación contrarrevolucionaria, hacia una posición de diálogo, va madurando lentamente. El exilio estaba tomado por fuerzas políticas, incluyendo algunas que aspiraban al retorno a la Cuba de ayer en el peor sentido, y apoyadas por los Estados Unidos. La cobardía de ese liderazgo político del exilio lleva a prominentes elementos terroristas a dominar la escena, lo cual le daba una imagen muy negativa ante la faz del mundo. En aquel momento no se le llamaba terrorismo, como ahora, sino que gozaba de simpatías y también del apoyo de sectores del gobierno norteamericano.

Sin embargo, había gente que lo rechazaba, por dos razones. La primera, por escrúpulos morales, pues el terrorismo es un arma sucia, y no todo el mundo está dispuesto a mancharse las manos de sangre inocente por conseguir un objetivo político; la segunda, por la

imagen negativa que presentaba al mundo, era un combate contra un gobierno revolucionario mediante métodos criminales. Muchos dirigentes del exilio empiezan a apartarse de esas dos imágenes y a buscar una tercera vía. Esta la expresó Luciano Nieves Mestre, un individuo que después fue asesinado, y que empezó a hablar de diálogo político. Él inventó toda una historia sobre una posible comunicación con sectores del gobierno cubano, que estaban dispuestos a un diálogo para reconstruir la influencia de la revolución histórica. Por hablar de diálogo, lo asesinaron —aunque era una persona sin un peso político fundamental—, solo por haber expresado abiertamente una idea que flotaba en el ambiente, pero que nadie había tomado como bandera.

A partir de ahí se inicia un proceso donde sí juegan factores importantes de cambio, elementos más responsables y conscientes que empiezan a darse cuenta de que por ese camino de la violencia verbal, las agresiones terroristas, la confrontación, no se llegaba a nada. Parece ser que, del lado del gobierno cubano, alguna gente perspicaz se da cuenta de que hay brechas en ese exilio que parecía monolítico, dividido en corrientes, ninguna de las cuales estaba apta para la discusión. Cuando el candidato presidencial demócrata Jimmy Carter va a Miami en busca del voto, contacta al cubano Alfredo Durán —el primero de la Brigada 2506 que había aspirado a un cargo de representante en la política local— para que le hiciera su campaña entre los cubanos. Coordinamos entonces una entrevista a Carter en la oficina de *Réplica*, la revista que yo dirigía. Cuando se publicó esa entrevista, Fidel Castro detecta que sería posible, con un triunfo de Carter, buscar algún tipo de aproximación con esos sectores de la comunidad cubana en el exterior, pensando en poner a prueba a la nueva administración respecto a la tradicional política norteamericana de agresión contra Cuba. De ahí surge una invitación del gobierno cubano al banquero Bernardo Benes para que fuera a la Isla, y así se inició el proceso que terminó con el llamado Diálogo del 78 y la liberación de tres mil presos políticos.

Dentro de la evolución política de ese exilio, hay un personaje que juega un gran papel, un conservador a quien ideológicamente se le pudiera considerar de esa derecha clásica española, franquista: Ángel Fernández Valera. Siendo muy joven, había sido profesor de Fidel en Belén, y tenía una simpatía hacia él. Fernández Valera desempeña un papel positivo como sabio consejero de ciertos sectores pertenecientes a una corriente llamada despectivamente «los dialogueros». Desde su posición de derecha, asume una actitud pragmática, consistente en entender que la realidad cubana no debe depender de que los Estados Unidos dicten su futuro; y que el exilio cubano debe abandonar estrategias y tácticas

negativas, por la imagen política que proyectan, y comprender que a través de la discusión y del diálogo se puede conseguir más que con la violencia y la confrontación. En el exilio hubo quien detectó la posibilidad de hablar con el gobierno cubano, y este a su vez se percató de una fisura en ese aparente monolito de la oposición política.

R. H.: *Ahora bien, del lado de la emigración, había un espectro de posiciones políticas muy diferentes, entre las cuales incluso existían personas identificadas como de izquierda y socialistas, y que apoyaban a la Revolución. ¿Cómo tú caracterizarías ese fenómeno?*

M. L.: La integración del grupo que inició el diálogo incluía, efectivamente, muy distintas posiciones; algunos tenían una línea bien clara y definida como revolucionarios residentes en el exterior, como es el caso de Andrés Gómez —actualmente jefe de la Brigada Antonio Maceo—, y de la profesora Marifeli Pérez-Stable —también dirigente de esa Brigada y que cambiaría luego de posición—, que se proclamaban defensores de la política revolucionaria; y otros que, sin ser tan de izquierda, consideraban que era posible buscar la conciliación y no la confrontación. En esa amalgama también había oportunistas, que advirtieron las ventajas económicas que podían derivarse de aquel proceso, como era el negocio de los viajes a Cuba, que utilizaron las visitas familiares para ganar dinero y engañar a la gente. Como decía Nicolás Guillén, «todo estaba mezclado» en aquel diálogo. En el balance general, sin embargo, el diálogo fue dominado por los elementos más positivos; los oportunistas fueron decantándose y desapareciendo. Las personas procedentes de esas negociaciones que se han mantenido en esta línea son las que están propiciando actualmente el cambio de política de los Estados Unidos hacia Cuba.

R. H.: *Desde la perspectiva de los cincuenta años transcurridos, ¿cómo tú ves el presente y el futuro de Cuba?*

M. L.: Vivimos hoy en un mundo distinto al que sirvió de marco a los primeros años de la Revolución cubana. Las nuevas generaciones, que se están gestando al compás de las nuevas tecnologías, como Internet, participan en una discusión muy distinta a la de antaño. Esas batallas que dieron los viejos dirigentes de la Revolución como, también viejos, los que lideraban en el exilio, van a terminar dentro de pocos meses, a partir de la próxima administración en los Estados Unidos. Con Barack Obama como presidente se logrará, posiblemente, una nueva política hacia Cuba. Esta nueva administración va a representar un reto para el Gobierno revolucionario, porque no son los tradicionales enemigos que amenazan con una invasión, que utilizan la subversión política, la propaganda a través de todos los medios.

La política de la nueva administración no continuará la de los republicanos de Bush; creo que se extenderá un ramo de olivo de ambas partes. Este reto deberá ser asumido por la dirección cubana con la serenidad que requiere. No me imagino que el retrato de Bush caracterizado como Hitler, en esa valla frente a la Sección de Intereses de los Estados Unidos en el Malecón, se cambie por el de Obama. La influencia política de Obama y su impacto en África y América Latina provocará una esperanza. Por lo que el discurso de la izquierda en América Latina tendrá un compás de espera, de manera que si los hechos demuestran que Obama se convierte en el enemigo del desarrollo latinoamericano, entonces habría que caracterizarlo en ese sentido. Pero ahora existe la posibilidad de un margen, que debe ser calibrado por el Gobierno revolucionario con mucho cuidado. Esta es una situación no exenta de peligros y de posibles provocaciones. Cuando un gobierno norteamericano ha tenido la voluntad de cambiar la política hacia Cuba, como por ejemplo, el de Carter, aparecieron manos tenebrosas que desinformaron a la Casa Blanca para provocar la confrontación. Ese fue el caso de la crisis del Mariel, en 1980, por una desinformación malintencionada de sectores de su propio gobierno, en particular, Zbigniew Brzezinski, el asesor de Seguridad Nacional, quien indujo aquella declaración del presidente Carter en que le abría los brazos y el corazón a todos los cubanos que estaban en la embajada de Perú, dando lugar a la conocida reacción del gobierno cubano. Ese escenario se repitió en 1994, cuando la crisis de los balseros, durante la administración de Clinton. Y volvió a presentarse en 1996, cuando la fuerza aérea cubana derribó las avionetas de Hermanos al Rescate, lo que evidentemente fue una provocación, dirigida a evitar la posibilidad de que Clinton cambiara su política hacia Cuba. Se avecina una nueva administración que va a tener la buena voluntad de buscar soluciones negociadas con el gobierno cubano; pero habrá dentro de ella manos misteriosas que busquen provocar hechos como los mencionados.

R. H.: *En cuanto a esa política de los Estados Unidos hacia Cuba, ¿tú compartes la idea de que el principal factor que explica su continuidad hostil hacia la Revolución es el lobby derechista cubano-americano, digamos la Fundación Nacional Cubano-Americana? ¿Ese es el factor?*

M. L.: La posición de la derecha cubano-americana en Miami influye, en la medida en que es importante por razones electorales. Ahora bien, hay otros factores en la política norteamericana, que no conocemos en detalle, pues no sabemos quiénes son sus actores con nombre y apellido; se trata de personajes como un general del

Pentágono o un gurú de un *think tank*, que representan la continuidad del designio tradicional norteamericano respecto a Cuba, en tanto que colonia o semicolonía del imperio norteamericano, a lo cual no se han podido resistir. En el núcleo de ciertas estructuras de poder norteamericano persiste el deseo de revertir la historia. Esto no solamente pasa por el desempeño de Lincoln Díaz-Balart y de Ileana Ross, quienes son la parte pública, la que se hace visible. Pero como decía Martí, «en política, lo real es lo que no se ve», de manera que hay otros factores en juego, que representan la razón de ser de una política a más largo plazo. Por ejemplo, es una contradicción que un país con la voluntad de cerrar sus fronteras tenga leyes que propicien la emigración a través de sus aparatos de propaganda.

Me preocupa el papel de esa emigración cubana en el futuro de Cuba. El regreso de algunos de ellos, si llegara a ocurrir algún día, influiría en el destino de Cuba. No hay que olvidar que la conquista de Texas se realizó a partir de texanos norteamericanos, que terminaron pidiendo la anexión. No quiero parecer alarmista, ni decir que si Cuba optara por esa política de retorno esta implicaría el anexionismo, pero cada vez que veo a un cubano en Miami deseoso de que el equipo cubano sea derrotado en las Olimpiadas, y si no lo hace, se le considera un mal cubano, me asalta esa preocupación. Ese sentimiento es revelador de un profundo anexionismo, corriente muy poderosa, que se viene arrastrando desde el siglo XIX, y se mantiene latente. Ese es un gran peligro para la nación cubana y para nuestra nacionalidad.

Notas

1. Eduardo Boza Masvidal. Obispo Auxiliar de La Habana hasta el año 1961. Salió de Cuba ese año, en el grupo de sacerdotes expulsados por sus actividades políticas.
2. Alberto Muller Quintana. Con el apoyo de la CIA, fundó, en febrero de 1960, el Frente Estudiantil Universitario Democrático, posteriormente identificado como Directorio Revolucionario Estudiantil (DRE), una de las principales organizaciones contrarrevolucionarias, dedicada a la subversión mediante propaganda, sabotajes y apoyo a los grupos alzados contra la Revolución.
3. Antonio Reynol González González (Sagua la Grande, 1932). Ex líder de la Juventud Obrera Católica (JOC) y del Movimiento Revolucionario del Pueblo (MRP), preso y condenado a 30 años en 1961, liberado en 1978.